



3.- La cercanía amorosa del Hijo

¡Oh toque delicado!

No somos fruto del azar, somos el fruto de un toque delicado. Así llama Juan de la Cruz al Hijo de Dios, *toque delicado*. Jesús toca nuestra realidad de seres humanos para que nos hagamos hijos de Dios, y lo hace *“en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídas”* (LB 2,17). El toque de Jesús es creador de confianza y de gozo. Aprender a tocar con ternura es uno de los retos de nuestro tiempo. La mano y la caricia, la sensación sublime y misteriosa de tocar y ser tocados.

Juan de la Cruz se sorprende de que el Hijo de Dios, tan poderoso para curar enfermedades y expulsar demonios, se acerque a la persona y la enamore con toques tan delicados (cf LB 2,17). *“¡Oh aire delgado!, como eres aire delgado y delicado, di: ¿cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso?”* (LB 2,17).

Jesús, con sus toques delicados, se interesa por nosotros, se acerca, escucha, manifiesta aprecio por nuestras vidas. Los evangelios están llenos de detalles de cómo Jesús se acerca y llora la muerte de un amigo, se inclina ante los niños y ante los más desvalidos; *“su yugo es suave y su carga ligera”* (Mt 11,30). Juan de la Cruz desea que todos puedan palpar la delicadeza del toque amoroso de Jesús, pero se da cuenta de que no es posible: *“Di esto al mundo; mas no lo quieras decir al mundo, porque no sabe de aire delgado y no te sentirá, porque no te puede recibir ni te puede ver”* (LB 2,17).

Los limpios de corazón son los que *“pueden ver y sentir el toque delgado”* de Jesús, los que pueden sentir y gozar de su presencia en el corazón (cf LB 2,17).

Los *oh* de admiración y asombro se multiplican en el poema y en el comentario al poema en Juan de la Cruz. *“¡Oh, pues, otra vez y muchas veces delicado toque!... ¡Oh, pues, toque delicado!, que tanto copiosa y abundantemente te infundes en mi alma!... ¡Oh, pues, finalmente, toque inefablemente delicado del Verbo... que sutil y amorosa y eminente y delicadamente tocas!”* (LB 2,20). *“La vida me había tirado por tierra, pero después del encuentro con Cristo, tome la vida agradecidamente”* (Edith Stein).

En los místicos, la Trinidad nos deja el regalo de su amor; en ellos, todo lo mira con sus ojos, todo lo embellece con sus manos, todo desvalido es levantado y tratado con ternura. Los místicos son una bocanada de aire fresco que recrea cada mañana la humanidad. Quien bebe del pozo de Dios se convierte en manantial *“del que manan torrentes de agua viva”* (Jn 7,38).

CAMINANDO CON LA ALEGRÍA DE DIOS

“El Espíritu Santo es un resplandor, es un sol que proyecta continuamente sus rayos; es una fuente que siempre mana, es la vida de nuestro ser, la gran realidad de nuestra vida” (P. María Eugenio).

“Para que haya fuentes en el desierto, tiene que haber pozos escondidos en la montaña” (Abbé Piérre).

“Haznos vivir nuestra vida como una danza entre los brazos de tu gracia, con la música universal del amor” (Madeleine Delbrel).

Cuanta más experiencia más originalidad. *Para cada hombre guarda un nuevo rayo de luz el sol... y un camino virgen Dios”* (León Felipe)

1.- La alegría del Espíritu

¡Oh cauterio suave!

¡Oh regalada llaga!

Juan de la Cruz canta la cercanía de Dios al ser humano, nos dice qué es lo que pasa en la vida cuando le hacemos sitio a Dios. La intimidad con Dios nos hace más divinos por dentro, más humanos por fuera, más encarnados para la compasión; el amor siempre se asoma. Su testimonio: Dios nos viene muy bien, es posible vivir de Dios, con Dios y desde Dios envueltos en un manto de gozo. El lenguaje de Juan de la Cruz en la *Llama* respira alegría por todos los poros. En él se cumple lo que dice el salmista: *“Has puesto en mi corazón más alegría que si abundara en trigo y en vino”* (Sal 4,8).

Juan de la Cruz vive con una intensidad y un gozo impresionantes la relación con la Trinidad; para él, la Trinidad no es una cuestión más entre otras, es algo vital. Esta experiencia es fuente de felicidad inagotable, que quiere comunicar a todos.

Se maravilla, en medio del asombro, de la obra de la Trinidad en la vida de la persona. La Trinidad realiza, cual alfarero con el barro, la gran obra en el ser

humano. Somos obra de la Trinidad. La Trinidad nos alegra y enriquece con los dones de su presencia en nosotros: *“me recibo más que me hago”* (Teilhard de Chardin). *“El fin de Dios es engrandecer al alma”* (LB 2,3); no es de extrañar que María, la mujer del amor, cante alborozada en presencia de Isabel, otra mujer tocada por Dios: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”* (Lc 1,46-47).

Juan de la Cruz, siguiendo la tradición bíblica, llama al Espíritu *cauterio suave y regalada llaga*, (¡cuántas contradictorias sensaciones del poema!), fuego de amor que abrasa a la persona, al dejarse tocar por Él y acoger su poderosa e incesante acción. De esta forma *“la endiosa y deleita”* (LB 2,3), como les pasó a los apóstoles (Hch 2,3), que *“interiormente ardieron en amor suavemente”* (San Gregorio). A la persona le toca dejarse amar, ser pobre de espíritu, como un *anawin de Yahvé*. La persona asiste, asombrada, a la fiesta del Espíritu, *“porque esta es la propiedad del amor: escudriñar todos los bienes del Amado”* (LB 2,4).

La persona que experimenta este cauterio, *“todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, nada le toca”* (LB 2,4). Porque *“el hombre de espíritu puede enjuiciarlo todo, mientras a él nadie puede enjuiciarlo”* (1Cor 2,15). El ser humano, al recibir el Espíritu, puede conocer a Dios y darlo a conocer, cosa que ninguna sabiduría humana es capaz de hacerlo (cf 1Cor 2,10). Desde lo que acontece en su interior, desde ese secreto profundo en el corazón, la persona enamorada de Dios contribuye a la obra de la salvación del mundo. *“No os maravilléis que Dios llegue algunas almas hasta aquí, pues el sol se singulariza en hacer algunos efectos maravillosos”* (LB 2,5), dice Juan de la Cruz.

El Espíritu todo lo pone en sintonía con Dios. *“Y esto tiene este cauterio de amor, que en el alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor”* (LB 2,7). *“El perfecto amor echa fuera el temor”* (1Jn 4,18). La persona saca amor de todas las cosas.

Juan de la Cruz dialoga con el Espíritu; es consciente de su presencia amorosa en todo su ser; habla con Él como con un amigo. *“¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar”* (LB 2,8). Resuena aquí la complicidad con el Espíritu de los primeros seguidores de Jesús: *“Nos ha parecido a nosotros y al Espíritu Santo”* (Hch 15,28).

El Espíritu es el gran regalo de Jesús y del Padre, que encuentra la persona en su interior: *“Os enviaré el Abogado, el Espíritu Santo; él será vuestro consolador, vuestra fuerza; os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he*

enseñado” (Jn 14,16.26-27). La persona, curada por este amor, dialoga con el Espíritu y percibe su acción en pura gratuidad: *“Esta llaga es toque solo de la Divinidad en el alma, sin forma alguna intelectual ni imaginaria”* (LB 2,8).

Es fácil percibir cómo la persona, visitada por el Espíritu despliega un respeto profundo por todo ser humano y una compasión sin límites hacia los más heridos.

2.- El Padre es ternura total

¡Oh mano blanda!

La *mano* es uno de los símbolos más frecuentes del Padre. Significa la intervención activa de Dios en la historia. *“Liberó a Israel... con mano poderosa”* (Sal 136,12); *“me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma”* (Sal 139,5); *“abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente”* (Sal 145,16). Dios lleva tatuados nuestros nombres *“en las palmas de sus manos”* (Is 49,16).

La voz lírica llama de muchas maneras distintas al ser amado. Le dice *“llama”, “cauterio”, “llaga”, “mano”, “toque”*. En este verso, Juan de la Cruz llama al Padre *mano blanda*.

Ofrecerse al Padre es abrir las manos para acoger su ternura; nosotros le damos nuestra vida, El nos regala la vida nueva. Lo que recibimos es infinitamente más de lo que entregamos. El Padre es ternura total; su mirada es de amigo. Así lo canta y lo saborea Juan de la Cruz: *“La cual mano es el piadoso y omnipotente Padre. La cual habemos de entender que, pues es tan generosa y dadivosa, cuando poderosa y rica, ricas y poderosas dádivas da al alma, cuando se abre para hacerla mercedes”* (LB 2,16). *“Nosotros estamos muy lejos de la opinión de quienes hablan de un Dios que no se preocupa de nada”* (Tertuliano).

En las palabras de Juan de la Cruz se respira alegría, vida, gozo desbordante. Canta con entusiasmo el sentido de la vida, vivida con intensidad. Saborea a Dios. Transmite esperanza, porque acoge las posibilidades de Dios, que da vida y regala salud. *“¡Oh divina vida!... del regalo de tu dulzura no hay número”* (LB 2,16).

En el famoso cuadro de Rembrandt se muestra la ternura del inmenso Padre. El Padre impone con fuerza y con ternura las manos sobre su hijo menor. Son manos que acogen, envuelven y sanan, son manos del varón y de la mujer. Es el Dios Padre-Madre. La mano izquierda, rugosa y firme, es la mano del Padre; la mano derecha, elegante y fina, es la mano de la Madre. El Padre acerca al hijo menor a su regazo y el hijo, harapiento y casi descalzo, se deja acoger, abrazar y perdonar.

Quien tiene experiencia de la mano blanda de Dios se abandona confiadamente en sus manos: *“Padre, me pongo en tus manos”* (Carlos de Foucauld).